

NICHOLAS BEST

CINCO DÍAS
QUE ESTREMECIERON
AL MUNDO

Testigos presenciales del final
de la segunda guerra mundial en Europa

Traducción de
Cecilia Belza y Gonzalo García

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	7
---------------------------	---

PRIMERA PARTE
SÁBADO, 28 DE ABRIL

1. La muerte de Mussolini	13
2. En Berlín	19
3. Himmler llama a la paz	27
4. Nazis en fuga	35

SEGUNDA PARTE
DOMINGO, 29 DE ABRIL

5. Caos en Italia	45
6. Himmler mira a las estrellas.	63
7. Belsen.	79
8. Operación Maná	91
9. Dachau.	103

TERCERA PARTE
LUNES, 30 DE ABRIL

10. La Organización de las Naciones Unidas	123
11. Asalto al Reichstag	139
12. Lord Haw Haw sale a escena.	153
13. Los estadounidenses toman Múnich	165

14. Italia	177
15. Hitler se va al Valhalla	187

CUARTA PARTE

MARTES, 1 DE MAYO

16. Los alemanes quieren hablar	199
17. Los nazis se reagrupan	211
18. 1 de mayo en Rusia	219
19. Operación <i>Chowhound</i>	229
20. Dönitz habla a la nación	241

QUINTA PARTE

MIÉRCOLES, 2 DE MAYO

21. Se difunde la noticia	257
22. Los nazis sopesan sus posiciones	265
23. Rendición en Italia	275
24. Berlín cae	285
25. Ahora que el Führer ya no está	299
26. Alemania se rinde	313

SEXTA PARTE

<i>Epílogo</i>	319
<i>Notas</i>	329
<i>Bibliografía</i>	339
<i>Índice alfabético</i>	349

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, pocos episodios habrán podido estremecer el mundo con más intensidad que los cinco días que, a finales de abril de 1945, se iniciaron con la muerte de Mussolini y terminaron con la noticia de que Hitler se había suicidado en su búnker de Berlín. Aunque ya hacía tiempo que se esperaba la caída de los dos dictadores, no por ello el modo en que se marcharon resultó menos horrible: Mussolini y su amante se balanceaban cabeza abajo frente a una multitud que los escarnecía; el cuerpo de Hitler quedó reducido a un wagneriano montón de cenizas mientras Magda Goebbels envenenaba a sus hijos y el personal de la Cancillería, perdido el juicio, practicaba sexo en grupo antes de dirigirse hacia su propia muerte. Ni el más extravagante de los novelistas se lo podría haber inventado.

Igual de espantosas fueron las atrocidades que perpetraron los rusos mientras se abrían paso por Alemania. Llegaron a su punto más grave en Berlín, donde, a medida que iban cercando la capital, se lanzaron a la violación colectiva en una escala sin precedentes. Que sus compatriotas hubieran tenido un comportamiento igualmente repugnante en Rusia no suponía ningún consuelo para las alemanas de todas las edades, que huían aterrorizadas y, a menudo, se suicidaban para evitar ser violadas por grupos de soldados de las repúblicas soviéticas con escasa experiencia de refinamientos occidentales tales como la electricidad o la fontanería doméstica.

No fueron menos espantosas las revelaciones sobre los campos de concentración, que empezaron a emerger con la muerte de Hitler y Mussolini. Dachau fue tomado por los estadounidenses el mismo día en que se colgó al Duce en Milán. Ravensbrück cayó un día después, el día del suicidio de Hitler. Las primeras fotografías de Belsen y Buchenwald se habían dado a conocer aquella semana, y se mostraban a una opinión pública incrédula. Eran tan espeluznantes, en su mayoría,

que no tenían cabida en los periódicos. En su lugar se expusieron en pueblos y ciudades, de modo que toda la población del mundo libre pudiera ver las pruebas con sus propios ojos y comprender con exactitud qué había estado pasando en la Alemania nazi.

Todo el mundo había leído la prensa y había oído rumores sobre los campos, pero no necesariamente les daba crédito. El periodista radiofónico Richard Dimbleby —un hombre de impecable integridad— halló grandes dificultades para convencer a la BBC, que no se decidía a transmitir sus primeras notas como testigo presencial de Belsen. A otros tampoco se los creyó cuando explicaron con detalle lo que habían visto. Durante la primera guerra mundial se difundió extensamente el rumor de que los alemanes fundían cuerpos humanos para obtener grasa; resultó ser una patraña, con toda probabilidad inventada por la propaganda británica. Ahora volvían los rumores, con historias adicionales de gaseado masivo, esqueletos vivientes, cabezas reducidas y pantallas de lámpara hechas con piel tatuada. No es de extrañar que hubiera escepticismo.

De hecho, el cine de Londres que exhibió la primera película sobre los campos fue asaltado, aquella semana, por una multitud enfurecida por la convicción de que el gobierno les estaba mintiendo otra vez. Fue una cólera compartida por millones de alemanes que, aun sabiendo que en los campos habían ocurrido actos terribles, estaban seguros de que la propaganda de los aliados había exagerado burdamente las atrocidades con el fin de justificar la guerra.

Pero las fotografías no mentían. La exposición que, aquella semana, patrocinó en Londres el *Daily Express* se titulaba «VER PARA CREER». Para contemplar las fotos de Buchenwald se formaron colas de miles de personas que salían de allí estupefactas. Más adelante, vieron en el cine la película de Belsen: esqueletos arrojados por decenas a fosas comunes, y civiles alemanes de pie ante las tumbas, al lado de las SS, y todo ello filmado en una toma única que, por lo tanto, no cabía tildar de amañada. Las fotografías no mentían. Había demasiadas, tomadas en demasiados lugares distintos, apoyadas por demasiados testigos presenciales: las historias no podían ser falsas. Era, sencillamente, imposible que lo fueran.

Ahora bien, ¿qué necesidad hay de otro libro sobre una semana que, por mucho que pudiera llegar a conmocionar, ya está bien documentada? Será necesario si el material es nuevo o atrae por lo desconocido. Así, todo el mundo sabe que Hitler murió en Berlín, pero ¿cuánta

gente sabe que su hermana estaba en Berchtesgaden, bajo la anónima tapadera de «Frau Wolff», y que callaba mientras los otros huéspedes de la pensión charlaban sobre la muerte de su hermano? ¿O que Leni Riefenstahl, la directora de cine preferida de Hitler, estaba en la zona de una estación de esquí austríaca y, en cuanto averiguaban quién era, se veía incapaz de hallar una cama para pasar la noche? ¿O que el futuro papa Benedicto había desertado de la Wehrmacht y se dirigía hacia su casa a pie, aterrorizado por la posibilidad de que aún lo fusilaran o colgaran de un árbol por haber abandonado su deber?

Audrey Hepburn estaba en Holanda, feliz por haber escapado a su encierro en un burdel de la Wehrmacht, pero tan desnutrida que el sueño de convertirse en bailarina de ballet resultaba cada vez más irrealizable. Roman Polanski contaba once años de edad y vivía prácticamente como un niño salvaje por las calles de Cracovia. Bob Dole, malherido por un proyectil alemán, yacía paralizado en un hospital italiano y, mientras oía los vítores por el fin de la guerra en Italia, se preguntaba si algún día podría volver a mover los dedos de los pies. Toda clase de personas —algunas, famosas en aquel momento, otras, en un futuro— han rememorado dónde estaban y qué hacían exactamente mientras a su alrededor se desarrollaban los hechos de aquellos cinco extraordinarios días.

He contado sus historias con sus propias palabras, siempre que ha sido posible; y me he centrado en personas interesantes o muy conocidas, pero no las que solemos asociar con los hechos que se describen. He cubierto todos los grandes acontecimientos de aquella semana en la que Hitler se suicidó y los nazis se dispersaron, pero también me he preguntado dónde estaba por entonces Marlene Dietrich, dónde estaban Günter Grass, Henry Kissinger, Jack Kennedy y muchos otros. Confío en que será una combinación interesante, un retrato inusual de Europa al terminar uno de los días más dolorosos de su historia.

Una advertencia, antes de seguir. Nunca ha sido fácil descubrir la verdad definitiva. No pocos testigos —en particular, en el búnker de Hitler— cambiaron su versión de la historia en años posteriores y ofrecieron relatos divergentes y a menudo contradictorios de los mismos hechos. Otros guardaron silencio durante décadas y luego les resultó difícil recordar con precisión los hechos y las fechas. Siempre he envidiado a los autores que se sienten capaces de determinar con certeza que un testigo particular se equivoca o miente. Por mi parte, prefiero dar fe de lo que los testigos afirmaron, situándolo en su contexto

donde sea preciso, para luego dejar la decisión a los lectores. Aun así, puedo afirmar con certeza que cuanto sigue —y si no, algo muy similar— ocurrió de veras.

Quiero dar las gracias, de corazón, al senador Bob Dole y a lord Carrington por cuanto han aportado a este libro. También a Peter Devitt, conservador auxiliar del museo de la RAF en Hendon, que me ayudó a averiguar más datos sobre la Operación Maná; a Katharine Thomson, del Centro de Archivos de Churchill en el Churchill College de Cambridge; y Alec Holmes, cuyo saber quirúrgico me ayudó a dar sentido a la autopsia de Mussolini. Gracias igualmente a Andrew Lownie, mi agente, y Kate Moore y Emily Holmes, de Osprey Publishing.

Por último, quiero disculparme ante el presidente Jimmy Carter por no haber sabido hallar un contexto apropiado para su generosa contribución. Conste al menos que afirma que, cuando Hitler murió, se hallaba a bordo de un barco de la Armada estadounidense, con ansias de pisar Times Square a tiempo de unirse a las celebraciones por el fin de la guerra. Muy a mi pesar, no he podido encontrar un pasaje adecuado para mencionarlo en el libro.

PRIMERA PARTE

SÁBADO, 28 DE ABRIL

«Nuestros uniformes son grises, grises como las expectativas de un futuro que, para nosotros, no ofrece ni asomo de esperanza. Yo solo quiero dormir, dormir y, de pronto, despertarme y constatar que esto ha sido solo una pesadilla.»

HELMUT ALTNER

PASADO & PRESENTE

LA MUERTE DE MUSSOLINI

A Mussolini se le estaba acabando el tiempo. Huyendo del avance de los aliados, había sido apresado por partisanos italianos cerca del lago de Como, en la tarde del 27 de abril de 1945, y encerrado en un lugar seguro en las montañas, donde ni siquiera sus amigos —los pocos que conservaba— lo podrían encontrar. Él y su amante, Clara Petacci, llegaron a Azzano en las primeras horas de la madrugada del 28 de abril y pasaron el resto de la noche custodiados en la casa de unos campesinos, que se alzaba por encima del pueblo. Los habían vigilado dos jóvenes partisanos que permanecieron toda la noche de guardia, ante la puerta. Uno de ellos, que espía a Clara mientras se aseaba en un lavadero, antes de ir a dormir, contó al otro que la novia de Mussolini tenía unos pechos magníficos; le resultaba muy comprensible que el Duce la tuviera como amante.

Mussolini durmió muy profundamente hasta bien entrada la mañana siguiente, a diferencia de Clara, que lloró durante la noche y dejó la almohada manchada de maquillaje. Cuando Mussolini se despertó, tenía los ojos rojos, y la cara, pálida y gris por debajo de la barba incipiente. A sus captores les quedó claro que el antiguo dictador de Italia contemplaba con desesperanza lo que el nuevo día le podía aportar.

Il Duce desayunó poco; apenas jugueteó con una bandeja de pan y salami, en el dormitorio, sin que los partisanos descuidaran la guardia. Les preguntó si los estadounidenses habían tomado Como durante la noche y, cuando le confirmaron que sí, asintió con resignación. Más tarde, Clara volvió a la cama, se cubrió de nuevo con las mantas e intentó recuperar el sueño; Mussolini se quedó sentado en el borde del colchón, mirando por la ventana hacia las montañas cubiertas de nieve, al otro lado del lago.

Aún estaba allí cuando el pelotón de ejecución lo recogió, a las cuatro de la tarde. Subieron las escaleras a toda prisa, encabezados por un hombre alto, con un impermeable beige, que se hacía llamar «coronel Valerio». En realidad se trataba del comunista Walter Audi-

sio, un veterano de la guerra civil española, entregado desde entonces a combatir el fascismo.

Audisio irrumpió en la habitación armado con una metralleta Sten.

—¡Rápido! —le dijo a Mussolini—. He venido a rescatarle.

—¿De veras? —replicó Mussolini, sin esconder su escepticismo—. Muy amable por su parte.

—¿Va armado? —quiso saber Audisio.

La noche anterior, Mussolini había robado en la cocina un cuchillo que escondió en la cama; pero aseguró a Audisio que no iba armado.

Audisio se dirigió a Clara, que aún estaba en la cama, con el rostro vuelto contra la pared.

—Usted también. Venga. Levántese.

Mussolini se puso el capote mientras Clara buscaba frenéticamente entre las sábanas.

—¿Qué busca? —preguntó Audisio.

—Las bragas.

—No se preocupe por eso. Solo dese prisa.

Clara se vio obligada a dejar el bolso, además de la ropa interior. Las escaleras resonaban con sus pasos reticentes y, una vez abajo, fue escoltada al exterior, al igual que su amante, que caminaba penosamente algo más atrás. Lia De Maria, la propietaria de la casa, observaba la escena desde una ventana lateral y se persignó nerviosa cuando desaparecieron. Clara le había gustado, en lo poco que la había visto, y no deseaba que le pasara nada malo.

Bajaron con dificultad por la senda montañosa. Clara, con tacones altos, se aferraba desesperada a un Mussolini que ya no tenía fuerzas para sostenerla. El Duce estuvo a punto de caerse, pero logró sujetarse a un muro; Clara intentó ayudarlo, pero la apartaron de él con brusquedad. Mussolini no halló qué decir a su amante mientras seguían caminando y dejaban atrás a un trío de mujeres que se afanaba en un lavadero de piedra, hasta llegar a la carretera principal. Los vieron un anciano que bajaba la colina con un fardo de paja a la espalda y una mujer que paseaba con un niño. Nadie reconoció a Mussolini, aunque todos se preguntaron por qué aquella mujer que lo acompañaba, tan bien vestida, iba llorando.

En la carretera los aguardaba un coche, un sedán negro, de la casa Fiat, con matrícula de Roma. Cuando apareció el grupo, Rosita Barbarita estaba paseando sus perros por las inmediaciones. Audisio le indicó, con un gesto del fusil, que se alejara. Y así lo hizo: Rosita se retiró del lugar apresurada-

mente mientras hacían entrar a Mussolini y a su amante en la parte trasera del Fiat.

El coche partió, con Audisio sentado sobre el guardabarros y los compañeros, con las armas listas, subidos a los estribos. Los dos jóvenes partisanos que habían vigilado a Mussolini durante la noche seguían a paso vivo por detrás del coche, mientras este enfilaba la carretera de montaña hacia la pequeña población de Mezzegra y, más allá, el lago.

El coche no había recorrido más que unos pocos cientos de metros cuando se detuvo de nuevo, en una curva que quedaba oculta desde las dos direcciones de la carretera. El conductor se paró a las puertas de la Villa Belmonte. Se hizo salir a Mussolini y Clara y se les ordenó situarse ante el muro. Clara se abrazó a su amante y contempló, incrédula, cómo Audisio murmuraba unas pocas palabras sobre una pena capital y justicia para el pueblo italiano.

—¡No pueden hacer eso! —protestó Clara—. ¡No pueden fusilar a Mussolini!

—¡Apártate! —replicó Audisio—. ¡Apártate o tú también morirás!

Pero Clara Petacci no le estaba escuchando y se negaba a soltarse del abrazo. Aún estaba aferrada a él, y protestando, cuando Audisio apretó el gatillo.

Mientras Mussolini se encaminaba hacia su muerte, su esposa Rachele se hallaba escondida a pocos kilómetros de distancia, en el extremo meridional del lago. Sin otro lugar al que ir, ella y sus dos hijos menores habían sido trasladados a Cernobbio, a las afueras de la propia ciudad de Como, donde un «camisa negra» los había alojado amistosamente en su propia casa. No era un refugio seguro, pero era mejor que estar en la calle, donde se estaba hostigando y matando sin compasión a los fascistas y cualquier otra persona asociada con Mussolini.

Rachele Mussolini oía con desesperación el tiroteo continuo. La inminente llegada del ejército estadounidense había sido la chispa de un levantamiento general contra los fascistas que aún quedaban en el norte de Italia. El propio Mussolini había huido tan solo unos días antes, con la vaga intención de plantarse y ofrecer resistencia en los Alpes; pero solo pudo constatar que, ante el avance de los estadounidenses, sus partidarios desaparecían. Presa del pánico, había escrito a su esposa para indicarle que se pusiera a salvo, y con ella a los niños, y se unió a una columna de soldados alemanes que regresaban a su país. Quizá habría logrado escapar si un

partisano italiano no hubiera reconocido su rostro bajo el casco alemán. Fue arrestado y conducido a las montañas, a la espera de su ejecución.

La carta que envió a Rachele se escribió cuando aún pensaba en resistir hasta la muerte en los Alpes:

Querida Rachele:

Aquí estoy, en el último estadio de mi vida, la última página de mi libro. Quizá nosotros dos ya no volvamos a vernos nunca más, y por eso te escribo y te envío esta carta. Te pido perdón por todo el daño que sin querer te he hecho. Pero sabes que eres la única mujer a la que he amado de verdad. Lo juro delante de Dios, lo juro delante de nuestro Bruno, en este momento supremo. Ya sabes que debemos ir hacia la Valtellina. Llévate a los niños e intenta llegar a la frontera suiza. Allí puedes formar una nueva vida. No creo que se nieguen a dejarte entrar porque siempre les he ayudado y tú no has tenido nada que ver en la política. Si se niegan, ríndete a los aliados, que probablemente serán más generosos que los italianos. Cuida de Anna y de Romano, en especial de Anna, que tanto lo necesita. Sabes cuánto lo amo. Bruno, desde el cielo, te ayudará.

Con todo mi amor para ti y para los niños,

Benito²

Rachele hizo exactamente lo que Mussolini le indicaba, y partió hacia Suiza, en medio de la noche, acompañada por Anna María, de quince años, y Romano, de diecisiete. La frontera se hallaba a tan solo cinco kilómetros de Como. Era fácil reconocerla por las luces que destellaban pacíficamente al otro lado de una Italia oscurecida contra los bombardeos. Se sumaron a una cola de automóviles que llegaba hasta la frontera, donde un oficial enviado por Mussolini aguardaba para ayudarlos a pasar. Estaban a cinco metros de la seguridad cuando los guardias fronterizos, tras estudiar los documentos y realizar algunas llamadas discretas, sacudieron la cabeza con pesar y les comunicaron que no se les autorizaba el paso. Era «de todo punto imposible» que los Mussolini entraran en Suiza.

Rachele quedó decepcionada, pero no desolada, cuando se alejaron de la frontera. De hecho, se sintió aliviada por la idea de no tener que abandonar Italia. Los condujeron de vuelta a Como entre la oscuridad, por una carretera abarrotada de alemanes e italianos que huían en todas direcciones. Los partisanos antifascistas regresaban de Suiza y bajaban en gran número de las montañas para hacerse con el control del país. Hubo algunos tiroteos esporádicos, pero la propia Como, a su vuelta, estaba tranquila.

Tras dirigirse directamente al cuartel general de los fascistas, descubrieron que allí nadie sabía qué hacer con ellos. Al comprender que perdían el tiempo, Rachele y sus hijos se marcharon de nuevo. Anna Maria se sentó en los escalones del exterior, desconsolada, mientras se preguntaban dónde ir y qué hacer a continuación. Hasta el amanecer no recibieron la ayuda de un partidario de Mussolini que se compadeció de ellas, según recordaba Rachele con agradecimiento:

Uno de nuestros leales camisas negras insistió en que era demasiado peligroso quedarse por la calle. Hablamos y nos aconsejó refugiarnos a cierta distancia de allí, en su casa. Fuimos hacia allá. Nuestra llegada supuso cierta conmoción en aquella casita rural pequeña y escasamente amueblada. No les sobraba comida y acabé preparando un desayuno para todos con cuanto me quedaba de mis propias provisiones.

Los camisas negras salieron a buscar noticias del Duce y, al volver, dijeron que nos llevarían hasta la columna con la que viajaba mi esposo. También me dijeron que nos habían robado el coche.

El ruido de los tiroteos se empezó a oír más cerca. Miramos carretera abajo, por la diminuta ventana, y fuimos testigos de escenas de pánico. Nuestros hombres estaban aterrorizados y pasé todo el tiempo animándolos. Ayudar a los otros hacía que mi propio pesar fuera más soportable. A un chico al que reconocieron como fascista lo asesinaron ante nuestros mismos ojos. Bastaba una denuncia para la ejecución inmediata. Cada cierto rato, escuchábamos cómo, a través de la radio, se ordenaba perseguir a los fascistas sin compasión. Desde un hospital próximo, soldados heridos, vestidos con lo primero que encontraban, salían huyendo y se desperdigaban por toda la ciudad. El mundo entero parecía haberse convertido en un auténtico infierno. Los niños estaban poseídos por el pánico.³

En aquellas circunstancias, Rachele y sus hijos no pudieron ni siquiera intentar reunirse con Mussolini. Y ahora era demasiado tarde, aunque ellos aún no lo supieran. Llevaban dos días ocultándose en la casa del camisa negra, demasiado aterrados para mostrarse ante los demás mientras en torno campaba una guerra civil. Rachele sabía, sin embargo, que pronto tendrían que marcharse, pues el camisa negra corría mucho peligro: si lo encontraban dándoles alojamiento, tal vez lo fusilarían, a él y a toda su familia. Lo único correcto era esconderse en otra parte, hasta que la masacre concluyera. Pero ¿dónde? Con el caos en las calles y todo el mundo en contra, Rachele Mussolini tenía la incómoda certeza de que ella y sus hijos no tenían adónde ir.

La ejecución de Mussolini no se desarrolló según lo previsto. La metralleta Sten de Audisio se encasquilló al intentar dispararla; el partisaño maldijo, sacó el revólver y se encontró con el mismo problema. Comprendiendo qué iba a pasar, Mussolini se abrió la chaqueta —según un testigo— y plantó cara a Audisio, desafiándolo.

—Dispáreme al pecho —dijo.

Uno de los hombres de Audisio corrió a darle su propia arma. Esta vez no hubo fallo. Clara Petacci resultó herida la primera y murió en el acto. Mussolini cayó hacia atrás, contra la pared, al lado de Clara, y resbaló hasta el suelo, aún con vida. Audisio se acercó a él y le disparó de nuevo, a bocajarro. Mussolini se agitaba convulsivamente y al fin se quedó quieto, tocando el cuerpo de Clara en la pared. Todos lo contemplaban con espanto, horrorizados por lo que acababan de ver. Había ocurrido con tanta rapidez que, cuando hablaron de ello, más adelante cada uno lo recordó a su manera.

Cuando todo terminó, Audisio necesitó un cigarrillo. El conductor también se fumó uno, pese a que no era fumador. Nadie dijo nada cuando se agacharon a recoger los casquillos vacíos. Por detrás del muro, los habitantes de la residencia habían oído los tiros, pero tardaron un rato en salir a investigar. No querían verse involucrados en nada que no les concerniera.

Aún eran tan solo las cuatro y cuarto. La lluvia que había estado amenazando toda la tarde empezó a caer cuando los partisanos acabaron de fumar. Audisio dejó a los dos jóvenes al cargo de los cadáveres, bajo la llovizna y en compañía de los otros, subió al coche y se dirigió a la ciudad de Dongo, donde ejecutaron a varias personas más, entre ellas varios ministros de Mussolini y el hermano de Clara Petacci. Luego volvieron a la Villa Belmonte.

Bajaron los cuerpos de Clara y Mussolini hasta la carretera principal y los arrojaron a una camioneta de mudanzas, por encima de todos los demás cadáveres. De noche, condujeron el vehículo hasta Milán. Se pretendía exhibir los cuerpos al día siguiente, en el Piazzale Loreto, donde, el mes de agosto anterior, los fascistas habían fusilado a quince rehenes. Sería, en cierto sentido, un acto de justicia, ahora que la guerra se aproximaba a su fin. Mientras veía alejarse la camioneta, Audisio solo tenía una inquietud grave: que patrullas estadounidenses pudieran interceptar el vehículo e impedirle llegar a su destino.